



Esto también pasará.

Una historia con vinos, canciones y sensaciones.

Esto también pasará.

Una historia con vinos,
canciones y sensaciones.

Pilar Fernández Cerdán



Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: mayo 2026

Depósito legal: SE 1918-2026

ISBN: 979-13-7060-010-5

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Pilar Fernández Cerdán

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

**El uso de la lista de canciones incorporadas
en este libro es con fin recreativo**

Capítulo 1. El frenazo

Cuando Clara abrió la puerta del coche y puso un pie en el suelo casi helado de aquel aparcamiento en medio de la nada, ya sabía que aquel frío seco en la árida Castilla no le iba a traer nada cálido aquel día, que era justo lo que estaba necesitando desde que se había levantado. Un café rápido a las seis de la mañana ya había perdido su efecto para un día de cielo blanquecino y pocos grados por encima de cero, y las medias de seda que embellecían sus piernas congeladas ayudaban más bien nada a entrar en calor. Sus zapatos todavía tenían la rigidez del cuero nuevo cuando aún no se han usado, le resultaban incómodos; sin embargo, los amaba. Eran su última adquisición de los viernes de compras compulsivas y, aunque sabía que eran un castigo para sus pies, también eran un bálsamo para su ego. Llevarlos la hacían poderosa y elevaban su perspectiva del mundo varios centímetros por encima del resto de los seres humanos.

Además de por el helor matutino de aquel lunes de noviembre, tenía también una gélida sensación que le recorría el cuerpo, no tan física, más bien anímica, sensitiva, casi holística.

«Quizá tendría algo de culpa el Riesling de anoche que empezó siendo una suave inspiración para escribir y a las dos de la mañana, lejos de haber atraído a las musas, solo había aportado cierto alivio al mal día acontecido, que no era poco», pensó.

Clara no había logrado escribir nada en aquella página que seguía vacía desde hacía días, pero aquel blanco seco de pocos grados consiguió favorecer el sueño que, últimamente, brillaba por su ausencia.

Había pasado más de dos horas conduciendo en silencio, solo había escuchado las primeras noticias de las siete, pero había parado la radio minutos después con una necesidad imperiosa de pensar: relajar la mente y dejar fluir las ideas.

En su época de instituto, lo que entonces era el BUP, había oído infinitas veces una de las mejores frases de su querido e inspirador profesor de latín, un hombre con cuerpo de jugador de baloncesto y con una también enorme integridad humana. Cuando alguno de sus alumnos, haciendo honor a su osada y espontánea adolescencia, contestaba con impertinencia alguna pregunta, buscando más la risa del resto que la solución, el profesor sonreía resignado y pronunciaba en voz alta: «Lejos de nosotros, la funesta manía de pensar».

En aquel entonces la mayoría de la clase no entendía muy bien el significado, probablemente ni tuvieran el menor interés en ello, pero a Clara ya empezaba a despertarle algo en su incipiente intelecto. Aunque a los chicos les sonaba más a refrán aburrido que a otra cosa, la frase se atribuía tradicionalmente al rector de la extinta universidad catalana de Cervera, el cual la habría pronunciado durante una visita realizada en 1827 por Fernando VII, en una rastrera muestra de pleitesía hacia el absolutismo cerril implantado por el rey más nefasto —y mira que los ha habido— que se recuerda en España. Lo que el rector pretendía con ello no era sino hacer una profesión de fe absolutista en unos tiempos en los que cuestionar la autoridad real resultaba extremadamente peligroso, dado que cualquier tipo de disidencia política, incluso la de los liberales más moderados, era perseguida con saña.

El profesor pensaba que esa renuncia voluntaria entre los jóvenes a pensar estaba en realidad mucho más extendida de lo común, y no solo se reducía a las cavernas políticas y religiosas de nuestra sociedad, sino que se debía a la falta de motivación para construir el pensamiento, para cultivar desde edades tempranas la

crítica, la lógica y la capacidad de cuestionarnos las cosas, en vez de creer ciegamente todo aquello que nos cuentan.

Siempre defendió desde su privilegiado rol de educador la conveniencia de pensar por uno mismo llegando a sus propias conclusiones; sin embargo, y por desgracia, esto no solía ser lo más habitual y Clara lo fue descubriendo y entendiendo con el paso del tiempo.

Veinte años después, Clara recuperaba muy a menudo esa frase del profesor. Podía cerrar los ojos y verlo en su seminario, detrás de su amplia y blanca sonrisa y su halo brillante y azulado, esas personas que dejan una huella invisible en las vidas de quien logran conectar con ellos, solo porque sabían expresar lo que todo el mundo solo era capaz de pensar. Clara reconoció alguna vez haber sentido algo más que admiración por él, pero no era más que química intelectual, algo mucho más potente e inevitable que la propia atracción sexual, al menos para ella.

Debido a ese aprendizaje y casi siempre mientras conducía, Clara solía apagar toda distracción y dedicaba ese valioso tiempo a hacer revisión mental, era como un pequeño descanso de su siempre planificada vida, llena de listas de cosas por hacer y ocio reducido a tiempo solo residual.

Como esas dos horas de viaje le habían dado para repasar sus temas pendientes, sus errores del sábado noche, sus propósitos para la semana y alguna que otra llamada de desahogo (con el objetivo de reafirmarse o de escuchar a alguien que estuviera peor que ella), para cuando llegó a su destino se dio cuenta de lo mucho que estaba necesitando parar y reflexionar, ya que había transcurrido el viaje sin apenas noción del tiempo. Había salido de Madrid poco antes de las siete y cuando detuvo el coche eran casi las nueve.

Cogió su bolso, su maletín, su abrigo, la agenda de piel sin la cual no era capaz de sobrevivir ni personal ni profesionalmente y

con todo ese bagaje encima comenzó a caminar hacia la entrada del centro comercial. Esa era la peor de las tiendas que gestionaba, la más lejana de la capital, la que la hacía madrugar más, la que le daba más trabajo y donde se sentía menos cómoda. Si eso no fuera poco, ese día debía hablar con el jefe de planta acerca de su última visita y sabía de sobras que no iba a ser agradable, por la soberbia del personaje en cuestión y por la poca paciencia que después de varios intentos de llevarlo a su terreno, le quedaba para él. Siempre trataba de mostrarse más como una asesora que como una jefa, le daba mejores resultados y podía exigir incluso más, pero en este caso concreto, la mano izquierda no le funcionaba, así que iba a pedirle explicaciones con toda la autoridad y firmeza que necesitara. Sin embargo, en un último intento de asertividad y condescendencia respiró hondo y pensó en actuar con él como lo haría con una persona ciega o sorda, esforzándose aún más si cabe para hacerle entender cómo eran las cosas que se negaba a ver y a oír, y colaborando al máximo para su comprensión.

La empatía era un don que había desarrollado mucho últimamente y siempre venía bien para encajar las incapacidades de los necios que le tocaba enfrentar.

Mientras atravesaba el vestíbulo sonó su móvil.

«Demasiado inoportuno», pensó.

Ya había cogido la directa con paso firme completamente enfocada a encontrarse con el director de planta, que, aunque no le apetecía nada, quería atacar cuanto antes para quitarse ese mal trago de encima.

No tenía manos suficientes para sujetar todo lo que llevaba mientras caminaba hacia el interior de la tienda, pero entre cambios de mano, levantamientos de hombro y sujetando la agenda con la barbilla, logró llegar a su teléfono y contestar.

—Sí... soy yo.

—¿Cómo...?

—¿Pero... por qué?

El gesto de Clara se congeló a medida que su interlocutor le proporcionaba la información.

—¿Es absolutamente necesario...? —preguntó con una última esperanza de recibir otra respuesta.

La galería estaba llena de inquilinos que abrían sus locales, persianas subiendo, transportistas descargando, megafonía cantando los buenos días. Eran sonidos que normalmente apreciaba y que eran como la subida de telón de una nueva jornada.

De repente todo aquel murmullo de apertura matutina quedó silenciado en su cabeza, como cuando muteas el móvil. Su mirada se fijó en un punto abstracto, su corazón se paró durante segundos, que parecieron horas. La agenda de piel cayó al suelo, su cuerpo dejó de contraerse y soltó toda la tensión en un instante, dejando resbalar el asa del maletín entre sus dedos. El bolso tampoco resistió la bajada de hombros que involuntariamente desdibujó su erguida silueta y dejó repartidos sus enseres personales por todo el pasillo, algunos a más de dos metros de ella. El abrigo fue lo siguiente que dejó caer. Solo una frase se repetía en su interior sin dejarla reaccionar. No podía creer lo que acababa de oír. No quería que aquello le pudiera estar pasando.

En ese momento su corazón empezó a bombear más rápido y una sensación de desolación inundó su mente, ni siquiera reparó en las varias personas que intentaron ayudarla con los bártulos que habían rodado por el pasillo de la galería.

«Tienes un tumor...», retumbaba en sus oídos.

El silencio se apoderó del mundo y solo aquellas palabras de la doctora que había visitado días atrás se repetían una y otra vez como el sonido del eco en un acantilado.

«Tienes un tumor, tienes un tumor, tienes un tumor...».

Ese fue un momento crucial en su vida desde que tuvo uso de razón. Sería un antes y un después que quedaría marcado en

ella como las huellas de un frenazo en la carretera, pero no iba a permitirse quedar atascada en él.

Clara sabía que lo que venía podía ser complicado, podía intuir que iban a cambiar algunas cosas, aunque lo más difícil para ella no era nunca superar grandes problemas, sino compartirlos. El hecho de tener que avisar a familia y amigos de malas noticias era para ella un trago aún más duro que el propio proceso.

Pero no quedaba más remedio.

—¿Estás ahí...? —le preguntó su doctora, probablemente asustada—. ¿Clara...?

—Sí, sí... perdón —contestó saliendo del trance silencioso—. Sí, nos vemos el martes. Gracias.

—Tranquila. Cuando vengas te explico con calma.

Clara quedó durante un minuto como congelada, estática, tratando de procesar la información recibida, aunque para ella fue como si hubiera pasado una hora. Todavía tenía cosas por el suelo ya que algunas de las personas que trataron de ayudarla desistieron al ver su impávida reacción, considerándola arrogante, antipática y sin duda desagradecida, por la ausencia de palabra alguna de amabilidad hacia ellos, ignorantes de la realidad.

No fue capaz de entrar en la tienda. Se dirigió a la pequeña cafetería de la esquina y prefirió tomar algo que la calmara. Había un delicioso aroma de pan y bollería caliente que no hubiera podido resistir cualquier otro día. El camarero salió con una bandeja de cruasanes que colocó encima de la barra, a modo de reclamo, pero lejos de abrir su apetito, aquel olor produjo en ella una mezcla de náusea y desasosiego que, unido al mal cuerpo y a la mala noticia, hizo que tuviera que correr al baño a vomitar sin ni siquiera haber podido pedir nada.

Frente al espejo de aquel lavabo enano, con ambas manos a los lados de aquel Romy descascarillado, Clara se miró a sus propios ojos y casi sin creer que todo aquello fuera real, se dijo en voz alta:

—Esto no me puede estar pasando a mí.

Al salir del baño era muy obvio que no estaba bien, sin embargo, el camarero osó preguntarle, por si en la respuesta descubría, con curiosidad y ansia de chisme, algo que poder contar hoy.



Sonaba en la radio una canción de Luz Casal, con una voz desgarrada como un llanto y una triste melodía que ni siquiera podía ni quería recordar, aunque la conocía. Pensó si era una señal, y empatizó con la cantante como si la conociera, sin reparar siquiera en el camarero que no dejaba de mirarla sin haber obtenido la noticia del día.

Clara salió sin mediar palabra de la cafetería recomponiendo su recogido con las manos mientras se miraba en el escaparate de enfrente y, con la intención de acabar cuanto antes con la visita, apretó fuerte su agenda, esbozó una sonrisa desganada y atravesó con paso firme el pasillo de la tienda en busca de su cita del día, al que probablemente tendría esperando impaciente y que era con seguridad a quien menos le apetecía ver del mundo.

Su vida en ese momento estaba más complicada que nunca, sobre todo profesionalmente. No complicada en un sentido negativo, sino en cuanto a la cantidad de asuntos que llevaba entre manos. Y otros nuevos que aparecían y que costaba rechazar, que empujaban por aparecer y tomar presencia en su vida como compradores compulsivos en la puerta de unos grandes almacenes el

primer día de rebajas. Eran siempre un ahora o nunca, y el nunca, nunca era una opción.

Vivía sumergida en una vorágine de nuevos retos, promociones profesionales provocadas por cierta inercia natural, fruto de su brillante trayectoria, cambios estructurales en la empresa que afectaban a su desarrollo y nuevos proyectos que casi no la dejaban respirar. Era algo realmente absorbente, que sin duda no hubiera aceptado de haberlo sabido, pero a estas alturas había aprendido a disfrutar de ello, así que se había convertido en la pionera en muchas decisiones para su compañía y no podía permitirse bajar el ritmo.

Cada uno de esos días locos en los que se le acumulaban las llamadas, los correos, las visitas y el trabajo que se llevaba a casa por falta de horas, la hacían en realidad sentir viva, ese era su momento, y el cerrar su portátil a altas horas de la noche y caer en su cama de dos por dos sin compartir, con la sensación de haber vivido cada día más de veinticuatro horas, era algo que mantenía en auge su entusiasmo y su curiosidad insaciable, en su vida laboral y también personal.

El gerente de la tienda la llevaba observando ojiplático durante varios minutos sin entender nada. Había estado ensayando minutos antes cómo encajar la hostilidad de su jefa que en el fondo entendía, aunque no iba a reconocer.

Se había ganado a pulso su falta de confianza, con la ausencia de implicación en sus proyectos y la ausencia total de *feeling* unido a una misoginia muy difícil de disimular.

Mientras tanto, Clara, que se había sentado enfrente de él sin quitarse el abrigo y sin dejar su bolso colgado como de costumbre para entrar en faena, le preguntaba con una extraña tranquilidad qué tal iba el día y cómo se planteaba su fin de semana, lejos de pedirle que rindiera cuentas por sus malos resultados, que era a lo que había venido, y lo que él sin duda esperaba.

Aquella mañana resultó ser el comienzo del día de suerte de aquel empleado, que se había puesto en el peor de los casos y

contemplaba incluso que Clara trajera impreso su despido. Sin embargo, no hubo nada de eso, no hubo reproches, ni amonestaciones, ni nada.

Todo acababa de perder la importancia.

Clara se limitó a recordarle sus objetivos y le emplazó a una nueva visita para revisarlos el próximo mes.

La rueda debía seguir girando, Clara no podía dejarse vencer por aquello, era demasiado profesional para que nada afectara emocionalmente a su trabajo, y por un momento aceleró las revoluciones para enfocar toda su concentración en aquel momento, pero inevitablemente entró en piloto automático.

Notó cómo cada segundo que pasaba allí sentada retumbaba en sus venas, notando las pulsaciones cada vez más fuertes y se agarró a la silla para coger aire. Se sentía como en una noria averiada que giraba y giraba y de la cual se quería bajar desesperadamente.

En poco menos de una hora, se levantó de la silla, estrechó la mano de su atónito interlocutor, y deseándole un buen día, salió de la tienda con una fingida mirada erguida, apretando los puños y retomando estoica el viaje de vuelta sin darse permiso aún para derrumbarse.

Ya apenas sentía frío alguno, pero la temperatura había descendido varios grados, y empezaban a verse ligeros copos de nieve mecándose etéreos y posándose delicadamente en la luna del coche.

Clara sentía su cabeza como encapsulada, como si su mente se hubiera insonorizado por completo. No se reconocía en esa quietud, pero ahí estaba, encerrada en su coche mirando al infinito y procesando todavía aquella noticia que había invadido violentamente su ajetreado bienestar, su amada tensión y su acelerado ritmo diario.

Llevaba tantos años sin parar de correr, que de pronto sintió que su vida se había parado en seco.

Capítulo 2. Mirando atrás

Había costado llegar hasta aquí. Clara reconocía su mérito bastante a menudo para sí misma, echando de menos a veces que otros hablaran de su valía y no solo de su suerte.

Su osadía y su abanderamiento como mujer ejecutiva en una empresa de hombres hizo que en el camino tuviera mucho que demostrar, pero ya ocupaba una posición que le permitía no dar más explicaciones sobre su trayectoria y empezaba a saborear las mieles de su éxito empresarial.

Su día a día empezaba muy temprano, a veces antes de las seis. Dependía en parte de su *planning* semanal y de la lejanía del establecimiento que tuviera programado visitar para ese día. Empezaba la semana con tiendas más alejadas de Madrid y cuyo trayecto le obligaba a madrugar más, y en ocasiones a pernoctar. Por otro lado, organizaba visitas de tiendas más cercanas a partir de los jueves, para poder visitar varias en un solo día y recorrer las del centro a pie o en metro para evitar el odioso tráfico y aprovechar al máximo las últimas horas de la tarde, incluso ver algún cierre de persiana, de esa manera tenía siempre al personal en guardia. Los jueves llegaba tardísimo a casa, ya lo tenía asumido, por eso no hacía más planes que llegar directa desde donde estuviera, con la cabeza repleta de datos, tareas por hacer, apuntes mentales de observaciones comerciales, y sin apenas hambre. Alguna que otra vez era débil, y accedía a cerrar el día tomando una caña en su bar de cabecera, si alguno de sus colegas de la oficina la animaba con

una llamada en su camino de vuelta, y también le servía de desconexión y le consolaba saber que no era la única que iba hasta arriba de trabajo, así que diluir aquel estrés en cerveza de barril resultaba bastante terapéutico. Cuando sucumbía a esas tentaciones, sabía que nadie la esperaba en casa, sin embargo, sus colegas necesitaban a menudo mentir para seguir un rato más en el bar mientras sus parejas los esperaban en casa.

—Sí, cariño, aún estoy en la ofi... ya sabes lo pesado que es mi jefe. Sí, tranquila, cenad vosotros y yo creo que en una hora ya voy para allá.

Siempre le parecían graciosas las artimañas de aquellos mentirosos encorbatados, y aunque entre ellos se consideraba una más, y reía las gracias cuando se sentían afortunados por liderar aquellos patéticos engaños, no podía evitar odiarlos un poco por la falta de honestidad tan extendida y desconsiderada, que, de haber sido al revés, ellos no hubieran disfrutado tanto. Siempre se había preguntado si los hombres traían de serie un resorte que saltaba cumplidos los cuarenta y que los hacía más promiscuos de una manera tan patética. Clara contemplaba divertida cómo cualquiera de sus compañeros, cualquiera sin excepción, era otra persona fuera de casa, por muy buen marido y padre que aparentemente fuera en la intimidad. Había conocido en varias ocasiones a sus mujeres o hijos y creía realmente que eran muy afortunados, pero ellos en realidad la envidiaban por permanecer soltera y gozar de una libertad que ya no podían disfrutar, obviando la grandísima suerte de tener una hermosa familia.

Aprendió mucho en esos años sobre psicología masculina, sobre frustraciones y egos, y también entendió muchos de los complejos que hacían que el otro sexo la cagara una y otra vez sin ningún tipo de remordimiento.

Pero ya eran pocas las veces que accedía a esos aquelarres de tipos trajeados y compadecidos de sí mismos también por no aceptar que sus vidas no eran como habían deseado, así que llegar a casa era para ella el objetivo principal al acabar la jornada.

Solo abriendo la puerta de su apartamento ya se veía aliviada de la presión que le suponía tener tantas tiendas a su cargo, y aunque durante los primeros quince minutos bajando de sus tacones la frustrante sensación de no haber terminado todo lo pendiente todavía persistía, en cuanto sus pies descalzos entraban en contacto con la cálida tarima flotante, estos la transportaban mágicamente a la cocina donde pellizcaba un trozo de queso añejo y se servía una copa de Syrah a temperatura ambiente tirando a frío. Aquello sí era gloria.

Ahí sí empezaba la desconexión.

Podían ser las diez de la noche y Clara seguía delante de su ordenador. Era el mejor momento para repasar lo pendiente, preparar el día de mañana, transcribir las notas mentales y borrar correos. Sí, sí, borrar, era imposible gestionar miles de mensajes cada semana, así que una gran parte se iba directamente a la papelera, y si alguno era importante, ya se enteraría por otra vía.

«Esto del correo es un invento diabólico», pensaba en voz alta mientras saboreaba el vino sintiéndolo su mejor aliado nocturno.

Le encantaba trabajar con música de fondo, por eso se mantenía «fiel» a su equipo de alta fidelidad y los días en los que acababa tarde confluían en su sofá la cena, los últimos retoques a su agenda, una copa de vino al lado de su portátil y todo ello ambientado con algo de Terence Trent D'Arby o Sade y algo de luz tenue alrededor de un foco cálido de Ikea.



Cuando por fin se metía en la cama ya eran con toda seguridad más de las doce. Y cuando empezaba el nuevo día ni siquiera había amanecido.

Además de la coordinación, la supervisión de sus tiendas y el cumplimiento de los objetivos, Clara se encargaba de las relaciones institucionales, pesadas reuniones en los ayuntamientos para futuras aperturas, evaluación de proyectos de expansión, y por si no tuviera suficiente, era la presidenta del comité de accionistas. A veces ni ella misma creía que pudiera con todo, y asistía resignada a exclusivos cursos para gestionar mejor el tiempo, un tiempo del que carecía y que lo único que le aportaba a su «buena gestión» aprendida, era a poder aceptar nuevas responsabilidades.

Durante toda esa escalada profesional Clara había descuidado algo su vida sentimental. Solo cubría ocasionalmente sus necesidades sexuales, pero el corazón no tenía lugar para las relaciones duraderas que la hicieran pensar en primera persona del plural. Por el momento su trabajo era su gran pasión y sabía que su entrega a su profesión no le permitía compartir su tiempo por el momento. Sabía que enamorarse la hacía frágil y dependiente de sus emociones y eso era algo que no podía permitirse, y tampoco era algo que le apetecía.

No tenía nadie a quien esperar, por quien sufrir, con quien compartir y mucho menos a quien dar explicaciones, y eso le daba alas y la independencia que ahora necesitaba.

A veces encontraba breves momentos de relax donde aprovechaba para leer, uno de sus preferidos eran los trayectos en AVE, donde podía hacer un paréntesis en su orden del día y convertir un tiempo perdido en un momento para ella, exclusivo y enriquecedor. A veces para leer, a veces para escribir, su otra pasión y su válvula de escape.

Pero al final Clara había aprendido a convivir con ese ritmo de vida, y había empezado a disfrutarlo también, la rueda de su devenir giraba cada vez más rápido, su capacidad crecía a medida que crecían sus responsabilidades, no decía que no a nada y disfrutaba de poder con todo, y no podía evitar sentir una leve excitación cuando se veía sumergida en su vorágine laboral, aunque para ello se viera afectada su parcela personal.

La mirada atrás ahora la situaba en un punto en el que parecía más una observadora que la protagonista de su propia historia. No se reconocía en su nueva situación, no estaba acostumbrada a parar máquinas por necesidad y se sentía ajena a la misma sensación que sentía, algo extraño, como en medio de una parada obligada en una carrera de fondo donde se deja de avanzar sin embargo se sigue mirando a la meta.

Debía replantearse muchas cosas ahora que la rueda había dejado de girar, no solo hacer lo posible para que el bache pasara cuanto antes, también sabía que era una oportunidad para parar y reparar, y el mismo ímpetu que no la iba a dejar rendirse, le serviría también para evitar compadecerse de sí misma.

Clara sentía como si tiraran de ella en dos direcciones opuestas, por un lado, su sentido del deber, su responsabilidad frente a sus proyectos, sus equipos que tanto había cuidado y que empezaban a entender y reconocer todo el sacrificio que había hecho por ellos.

Por otro lado, su familia, aquellos que la querían incondicionalmente y habían apoyado siempre sus decisiones, su gente de

verdad, los que después de sus idas y venidas, y a pesar de sus malas decisiones, siempre iban a estar ahí. Y ellos la hacían entender que esta vez la parada era necesaria, y que no había nada más importante que cuidar de la propia salud, porque en su ausencia, nada en la vida ni siquiera lo más codiciado, tiene ningún valor.

Llegó el martes y Clara salió temprano de Madrid camino a Barcelona, para llegar a su cita médica a mediodía.

—Tenemos que extraer el tumor, analizarlo y ver si hay infiltración, Clara. Es muy probable que esté en un estadio inicial, pero en estos casos, la cirugía preventiva es lo más recomendable, y tu útero puede verse comprometido, suele ser así en este tipo de tumores.

Clara escuchaba con atención, pero sus ojos empezaban a humedecerse y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no romper a llorar.

En su cabeza nada más sentía muchísima pena por cómo iba a encajar su madre la noticia. Y en su corazón un dolorcillo le recordaba que no era la superheroína invencible que siempre había creído.

En unos días todo habría acabado, pero debía tomarse el tiempo para prepararse mentalmente y activar los protocolos que la ayudaran a recibir la intervención médica de manera positiva. No se valía pasar por alto la reflexión de lo que le estaba pasando, debía alinear cuerpo y mente y sacar su espíritu luchador para hacer frente a la batalla que estaba a punto de comenzar. Aunque a veces se negaba a sí misma la gravedad del asunto, en el fondo sentía una gran indefensión, y la inseguridad de no tener todo controlado era algo que hacía tiempo que no sentía, pero esta vez la incertidumbre llegaba a límites profundos de su conciencia, no era tomar una decisión con dos alternativas sin saber cuál era la buena, o aventurarse a una experiencia equivocada, era mucho más que eso, era sentir que podía morir.

El día anterior al ingreso transcurrió con especial tranquilidad. Clara esperaba más actividad, sin embargo, agradeció la ausencia de visitas de ánimo porque las percibía como compasión hacia ella, y era algo que odiaba. Solo alguna llamada a lo largo del día y la presencia silenciosa de su familia directa, que pretendían únicamente «estar». Las horas previas, varios mensajes en su móvil hicieron que sonriera, otros que no recibió la llenaron de añoranza, sin embargo, el desconocimiento les eximía de culpa. Había querido llevarlo con tanta discreción para evitar dramas innecesarios que ahora reconocía echarlos de menos.

Todo fue rápido, sencillo, nada traumático y cero invasivo. La ausencia de dolor confundía a veces los despertares como si nada hubiera ocurrido en su interior.

—Bendita laparoscopia.

Pero había que asegurarse bien de dejar todo limpio. Analizar, estudiar, observar, volver a limpiar, eran palabras que escuchaba muy a menudo. Una segunda intervención dejó por fin tranquila a su doctora. Clara se sentía obligada a reposar cuando lo que necesitaba era salir urgentemente de allí, ya que era como si nada le hubiera ocurrido y estuviera perdiendo su valioso tiempo.

Pero sí había ocurrido algo, algo trascendente y de suma importancia para su futuro, algo que trastocaba su línea de vida y desviaba sus caminos como un cambio de agujas ferroviario. Ahora sí necesitaba visitas, que además habrían venido aun sin quererlo, y abrazos, y besos.

Y llamadas, algunas profesionales, otras personales, la mayoría sinceras.

Dejó por fin atrás el valle de las excusas y los compadecimientos y decidió empezar a escucharse porque estaba claro que se le acumulaban los mensajes entrantes.

Pasó largas tardes de hospital leyendo y buscando en silencio respuestas que pudieran recolocar su vida que se había salido de

la guía. Encontró una muy bien traída cita de Marco Aurelio que decía: «Elige no ser lastimado y no serás lastimado».

Así que escogió, escogió con todas sus fuerzas.

Cuando se dio cuenta estaba despidiéndose de su compañera de habitación. Esta le deseó suerte con cierta envidia, pero también con los buenos deseos de las buenas personas. Siempre le había dicho que se iría pronto a casa, que lo suyo no era nada, y Clara deseaba con todas sus fuerzas que tuviera razón. Le dedicó durante su estancia muchas palabras de cariño, cuyo recuerdo la acompañó toda su vida.

Y al fin dejó el hospital. Nunca sintió tanta alegría al entrar en su casa.



Capítulo 3. Los pendientes de Julia

Eran casi las nueve de la mañana de aquel sábado de diciembre, la lluvia golpeaba el porche de la terraza como un teclado armónico y sonaba Franco Battiato. Clara abrió los ojos y siguió escuchando, tratando de afinar su oído, ya que la música provenía del piso de arriba y no se oía con claridad. Sin embargo, aquel inconfundible *Centro de gravedad permanente* no solo la transportaba muchos años atrás, casi a la niñez, sino que abrir el telón del mundo consciente con aquella banda sonora le estaba pareciendo entre brutal y sublime. Agradeció por primera vez en mucho tiempo aquel nuevo día, percibiendo aquel despertar como un grifo abierto llenando su depósito de energía, muy menguada en las últimas semanas por todo lo que había pasado.

Volvió a cerrar los ojos y disfrutó de aquel regalo musical, cantado por aquel hombrecillo extraño, a una nariz pegado, que ni siquiera cantaba bien, pero que le parecía un absoluto genio por lo que su música provocaba en ella, y que no solo movía masas durante los años ochenta, también le estaba moviendo ahora algo por dentro. Posiblemente era el momento de buscar también su centro de gravedad...

En su divagación pensó de repente en Isaac Newton buscando el porqué de la atracción de las materias, y se sintió como él, observando la manzana mientras caía. Su búsqueda ahora no era su núcleo gravitacional, era una necesidad imperiosa de encontrar su lugar en el momento presente.

Teniendo que aceptar aquel inesperado retiro provocado por su problema de salud, lo siguiente era aceptar que a veces hay que parar. Y en cuatro semanas desde que escuchara la noticia ya había ingresado en el hospital para someterse a la operación y había recibido el alta para recuperarse en casa.

Si pudiera describir su sensación recurrente en el último mes con una palabra, sería la desubicación. No le vinieron mal aquellas vacaciones de sí misma, desconectada de su portátil y con horas infinitas para pensar, aunque sinceramente, hubiera preferido pasarlas en un paraíso tropical, y no en un hospital. Ahora, ya a salvo de placas y resonancias, recordaba desde la cama cómo es sentir que no eres invencible, había aprendido muy bien de su vulnerabilidad y aceptaba resignada la lección como cuando su padre le ganaba una y otra vez al ajedrez sin remedio.

La vida —pensaba— a veces te da golpes de realidad para que lo entiendas. Y a veces te avisa tantas, que una última te obliga a desconectar el piloto automático y a coger el timón, aunque para ello tenga que hacerte caer. Esta caída, como la mayoría de los accidentes, no entraba en sus planes y después de valorarlo mucho, había sido la bofetada más dura de su vida.

Trató de pensar en ello durante cada una de las noches de ingreso hospitalario para encontrarle un sentido. Dentro de la gravedad de su adenocarcinoma, había tenido suerte, y aunque el miedo siempre estuvo ahí como una sombra amenazante, nunca llegó a sentirse realmente como una enferma, más bien como un coche en el taller, pero sin uno de sustitución: gajes de su inagotable optimismo.

Las últimas tres semanas, eso sí, habían sido una noria de emociones, desde sentirse pueril e indefensa, por la obligada y repentina pérdida de verticalidad y la vuelta a la dependencia física y emocional, hasta la rabia incontenible y la no aceptación de ser la protagonista de su propio drama.